

# SAN FRANCISCO EL VUELO DE ASÍS

En esta obra no intenté reconstruir la biografía minuciosa del Santo de Asís, por demás conocida, si bien respeté los detalles principales de su trayectoria y de su prédica.

En cambio, procuré especialmente darle relieve a un personaje y un episodio que a mi juicio suelen ser soslayados, tal vez para no empañar la visión de la Orden franciscana en sus comienzos. Me refiero al hermano Elías, figura de indudable gravitación junto a Francisco, pero que desfiguró en más de un sentido la orientación que éste quiso imprimirle a su Orden.

Mostrar ese choque de posturas y personalidades opuestas me permitió alejarme en parte de la imagen beatífica y hasta bobalicona que tanto ha perjudicado el perfil personal del Santo. Lejos de incurrir en ese lugar común, también procuré internarme en zonas más complejas y dramáticas de su trayectoria interior: dudas y aun contradicciones, tormentos y aflicciones ante circunstancias adversas que ensombrecieron sus últimos años (los que van de 1223 hasta su muerte en 1226).

Me interesó, por último, traer a luz la sorprendente actualidad que ha adquirido hoy la figura de San Francisco, inmersos como estamos en sociedades que niegan puntualmente, y descalifican como nunca, los valores que él promovió con su palabra y con sus actos.

Milton Schinca

## – SECUENCIA 1 –

*(Se ve a Francisco casi desnudo, acurrucado en un rincón lóbrego de una especie de celda. Por momentos tiritita. Llegan sonidos sombríos, amenazadores, que él escucha con creciente desazón. Comienza a entrar una luz tenue, que parece rodearlo con suavidad. Desaparecen los sonidos sombríos. Francisco, sorprendido, mira hacia afuera y habla en esa dirección).*

Francisco.– ¡Guardia!... ¡Eh, Guardia! Quiero avisarte que estoy vivo. Esta noche gélida no pudo doblegarme. *(Escucha que se destrancan los cerrojos de la puerta. Hablando para sí:)* ¡Ah, no, cuerpo mío! No permitiré que te vean claudicar.

*(Con gran esfuerzo se va dominando hasta que deja de tiritar. Adopta una actitud de dignidad. Entra el Guardia. Trae en su mano un abrigo de pieles)*

Guardia.– Es verdad: estás vivo. Te sabía, ciertamente, un guerrero de primera pese a tus pocos años, pero un mes entero en este sótano... *(Le arroja la piel encima)* Toma, cúbrete. Te la manda tu padre. Ya ves: se apiada de tus desgracias. ¡Bien que le duele haber tenido que encerrarte aquí!

Francisco.– ¿Mi padre?... ¿Qué pretende? ¿comprar mi voluntad con este gesto compasivo? ¡Se equivoca! *(Arroja la piel lejos de sí)*

Guardia.– Mira que la guerra te dejó enfermedades... No tientes al demonio.

Francisco.– El demonio... En este pozo maloliente aprendí más del demonio que en toda mi vida. Y también acerca de otras verdades, que fui descubriendo.

Guardia.– ¿Verdades? ¿Qué verdades?

Francisco.– *(Con febrilidad)* A ver, mi estimado perro guardián: esta piedra del muro, ¿es de este mundo o del otro?

Guardia.– *(Rascándose la cabeza)* ¡Qué ocurrencia! De este mundo, bien seguro.

Francisco.– ¿Ah, sí? Entonces explícame quién la puso en este mundo, al que según tú pertenece. *(Espera respuesta inútilmente)* Además... ¿cuántas cosas nos dice la piedra, a pesar de que es muda? Por ejemplo: ¿crees que la piedra nos ama?

Guardia.– Ay, ay, ay... Ya voy viendo que el encierro te ha reblandecido el seso... Pero te traigo algo que quizás te vuelva a poner en razón. ¡Mira! *(Le muestra un pañuelo de gasa)* ¡Y qué hermosura la potrillita que me lo entregó!... Me pidió que te alcanzase este pañuelo junto con un beso «de caballo árabe». Qué será semejante beso ni quiero imaginármelo. *(Le entrega el pañuelo)*.

Francisco.– *(Mirando el pañuelo con afecto)* Incomparable Antonella...! La piel más sedosa que puede acariciarse en esta ciudad...

Guardia.– Pues entonces ve a recuperarla, tonto! Ella me dijo que no bien salieras de aquí, corrieras a encontrarla junto a la tienda del alfarero.

Francisco.– Te ruego que le lleves allí mismo este pañuelo. *(Aspira con deleite sensual el perfume de la gasa; luego, con ademán rápido, le entrega el pañuelo al Guardia)* Nunca más este aroma...

Guardia.– Ah, ya no eres el mismo, no. *(Pausa indecisa)* Oye... ¿no podrías explicarme eso del «beso del caballo árabe»?...

*(Francisco se dirige resuelto hasta la piel y la recoge del suelo. Va hacia el Guardia)*

Francisco.– ¡Toma!, quiero regalártela: por todas las bondades –y maldades– que has tenido conmigo.

*(El Guardia, deslumbrado, recoge la piel, agradece y sale rápido. Francisco comienza a tiritar de nuevo. Pero de pronto se pone de pie, avanza febrilmente hacia el proscenio, y le habla directamente al público)*

Les pido que en algún momento se miren la cara con mucho cuidado. Mírenla hora tras hora sin darse tregua. Hasta que al fin dirán: ¿esa es mi cara? ¿ese soy yo? Tal vez entonces descubran que en el fondo de esa cara hay más de uno. Hay otros. Pero no se asusten: todos somos varios. Hay penumbras. Hay oscuridades. Estén atentos... Me llevó mucho tiempo aprender esto.

*(Leve cambio de iluminación, que sugiere cambio de tiempo y de lugar. Entra temerosa, como escondiéndose, la Madre. Va hacia Francisco y le habla con enorme ternura)*

Madre.– ¡Hijo, por fin!... Vengo a liberarte de tu encierro. *(Lo abraza)*

Francisco.– ¿Cómo te atreviste a llegar hasta aquí? Cuando mi padre se entere...

Madre.– Me las arreglaré. (*Lo cubre amorosamente con una capa*) No podía vivir, sabiéndote en este sótano lóbrego.

Francisco.– ¿Lóbrego?... Al principio sí: creí que me moriría, día tras día en un silencio mortal... Gemí, aullé de terror, pensé que iba a enloquecerme... Pero después... no sé cómo me empezó a invadir una especie de sosiego, la tiniebla se me fue poblando de resplandores muy pálidos... Llegué a escuchar cánticos... Dime la verdad: ¿he perdido la razón?

Madre.– ¿Y entraba luz en esta celda hermética?

Francisco.– ¿Cómo lo sabes? Una luz tenue. A veces parecía salir de adentro mismo de mi cuerpo...

Madre.– ¿Y otras veces?

Francisco.– ...juraría que se filtraba no sé cómo a través de la piedra.

Madre.– ¿Y eso te complacía?

Francisco.– Me hacía hervir de felicidad. Era como nacer...

Madre.– ...como navegar, como levantar vuelo...

Francisco.– ¿Cómo se explica? ¿Quién estuvo aquí, Madre?

Madre.– ¡Bendito sea Dios! He sido escuchada en mis ruegos.

Francisco.– ¿Qué me pasó, dime?

Madre.– Fuiste tocado. Fuiste visitado. Tu vida cambiará.

Francisco.– No entiendo dónde estoy.

Madre.– Estás en un umbral. No te apures. No entiendas.

(*Se toman las manos, emocionados*)

Francisco.– ¿Sabes, Madre? Aquí dentro he cantado todo el tiempo.

Madre.– ¿Inventaste tú esas canciones?

Francisco.– ...pensando que algún día tú las escucharías.

Madre.– Cántame alguna para celebrar que estamos juntos después de tanto tiempo.

Francisco.– Te cantaré una que habla de... Escucha.

(*Canta en francés, con una voz muy dulce. Cuando termina, ambos quedan callados un momento*)

Madre.– Bellísima... Pronuncias el francés con una ternura... Es tan delicioso oírlo que a veces me

dan ganas de bautizarte «el francés»... *(Ríen)*

Francisco.– No existe ese nombre. Quizás alguno que se le parezca.

Madre.– *(Luego de pensar un momento)* ¿Por qué no... Francis... co?

Francisco.– *(Alegre)* ¡Lo apruebo! Desde este momento, dejo de ser el Juan que era!

Madre.– ¡Voy a repartirlo a los cuatro vientos! *(Alegre)* ¡Acaba de nacer Francisco, mi hijo nuevo!

*(Sale exultante. Francisco queda con expresión dichosa. Da unos pasos, ya libre)*

Francisco.– ¡Ah, dejar que el sol descienda por mis manos!... *(Pero al mirarse las manos se ensombrece. Las examina con desagrado)* Mis manos... ¿Cómo pudieron sostener la espada que hirió con saña a tantos hombres?... *(Se ensombrece aún más)* Y fueron estas manos las que envilecieron y corrompieron a tantas jóvenes que estaban llamadas a la pureza...

*(Se cubre el rostro, atormentado. Aparece Clara, una jovencita delicada y fresca. Al verla, Francisco se rehace y la recibe con encantamiento)*

Francisco.– Clara, amiga querida...

Clara.– Al fin te encuentro. ¿Dónde estabas, que no podía saber de ti?

Francisco.– ¿Dónde?... Estuve lejos... o demasiado cerca.

Clara.– ¿En otro país?

Francisco.– Mucho más lejos: en todas partes.

Clara.– Iré a contarle a mi hermana que estás vivo.

Francisco.– ¿Me daban por muerto?... Tal vez fue así, ¿quién lo sabe?

Clara.– Tienes cambiada la expresión de tus ojos. Miras como quien ha pasado largo tiempo fuera de este mundo.

Francisco.– Larguísimo tiempo. Brevísimos tiempo.

Clara.– Yo a veces quisiera irme de este mundo. ¿No hay ninguna ventana por la que salirnos?

Francisco.– Hay, Clara querida, pero pocos saben dónde está. *(Señalando el aire)* Ahí la tienes: asómate.

Clara.– Me das miedo cuando dices eso.

Francisco.– Porque sabes que esa ventana hará de ti la que nunca fuiste. *(Mira sorprendido alrededor)* Dime, Clara: ¿cómo no veo el bosque donde jugábamos de niños?

Clara.– Aquí está. Es este mismo bosque.

Francisco.– *(Sorprendido)* ¿Este...? ¿Por qué ha cambiado tanto?

Clara.– No ha cambiado nada. Todo está en su sitio.

Francisco.– Tal vez no lo esté yo.

Clara.– ¿No reconoces aquel castaño? Era nuestro preferido. Nos sentábamos a su sombra, en las tardes más calurosas.

Francisco.– Pero todo me parece cambiado en nuestro castaño. Tampoco las hojas que pisamos son las mismas... ¿Dónde estoy, Clara? ¿No ves puertas en cada cosa que contemplas? ¿Adónde llevan?

Clara.– No lo sé. Soy demasiado simple.

Francisco.– También yo. Me he vuelto en este tiempo un enorme tonto. Perdí el hilo de las cosas. Por eso este tonto te pide una tontería: que me cubras de hojas y de ramas, y que me nazcan brotes, lianas, frutos...

*(Alegre, Clara recoge hojas del suelo y las deja caer sobre la cabeza de Francisco. Rien infantilmente)*

Francisco.– *(Levantando los brazos, exultante)* ¡Estoy comunicado, Clara! ¡Todo desemboca en mí! Yo me continúo en todo.

*(Se abrazan, conmovidos. Miran deslumbrados alrededor)*

Clara.– Adoro la tontería que conseguiste. La quiero para mí.

Francisco.– Es como descubrirlo todo, ¿verdad?

Clara.– *(Asiente, contenta)* ¿Sabes?: no faltó un solo día a la iglesia. Te pido que me acompañes.

Francisco.– *(Sorprendido)* ¿A la iglesia?... Jamás voy. ¿Qué es un templo? ¿No crees que iglesia son todas las cosas? Una taberna, la tienda de un remendón, una cesta de higos, un montón de cenizas en la chimenea... Pero no me hagas caso: divago. ¡Por cierto que te acompañaré, Clara, amiga, si eso te da gusto!...

Clara.– Me hace feliz saberlo. *(Sonríe)* Desde este día, me pondré a ser el que tú eres... aunque no entienda hacia dónde vas.

*(Clara saluda y sale con paso alegre. Francisco queda complacido. Aparece el Padre. Francisco lo mira sorprendido. Señalando hacia la figura del Padre, habla hacia el público)*

Francisco.– Este es mi Padre... ¿Es éste mi Padre? ¿Qué es un Padre? ¿Nos construye, nos destruye? Un padre es mucho más que un padre; y mucho menos. Nuestra obligación es tenerlo siempre cerquísima pero lejísimos... y reconocerlo en cada pedacito de lo que pensábamos ser.

*(El Padre se dirige con resolución hacia Francisco)*

Padre.– Bien, hijo. Me alegra que haya terminado el encierro que te impuse. *(Lo observa)* Noto tu resentimiento, pero ¿qué podía hacer yo? ¿Crees que me hizo feliz castigarte? A ti, mi hijo tan querido... Pero tú te empeñas en llevar una vida vacía y desviada, pensando sólo en guerrear, o en

beber con tus amigos holgazanes y camorristas, corriendo de taberna en taberna con mujeres de lo peor. ¿Te parece que puedo aplaudirte?... ¡Y no digamos lo que vino después! El peor delito que un hijo puede cometer: ¡robarle a su padre! ¡A mí, Juan, que tanto me desviví por ti!...

Me dirás que me robaste mercadería para repartirla entre los pobres, y no para tus juergas. Cierto, pero no puedo entenderte esa extraña preocupación que te ha nacido. ¡Hasta parecería que te hiere nuestra riqueza!

Francisco.– Me hiere la pobreza de los otros.

Padre.– ¿Y qué culpa tenemos tú y yo de esa pobreza? ¿Por qué tendríamos que reparar lo que nosotros no causamos?... *(Pausa severa)* ¿Crees que he sido injusto al castigarte? ¡Es hora de que sientes cabeza! Espero que la medida haya surtido efecto.

Francisco.– No sabes hasta qué punto. Tendré que agradecértelo toda la vida.

Padre.– Cuánto lo celebro, hijo. Ahora fijate en mi caso: yo me he ganado con enorme esfuerzo una posición expectante. Me respetan hasta los más encumbrados y poderosos. ¿Por qué? ¿Por mi inteligencia? No, no soy inteligente. ¿Por mi saber? Tampoco; conozco tan sólo de paños y tejidos. No: recurren a mí porque me he labrado una fortuna. Soy rico; te he hecho rico a ti.

Francisco.– *(Con ironía)* Cierto: salgo de tu prisión convertido en un hombre riquísimo...

Padre.– Pero empiezo a envejecer y es justo que piense en lo que ocurrirá a mi muerte.

Francisco.– *(Con ironía)* Ah... te desvela saber qué será de tu alma, de tu carne frágil...

Padre.– Me preocupa qué será de la fortuna familiar el día que yo no esté. Por eso me he propuesto formarte: para que, llegado el caso, tomes tú el timón de los negocios familiares.

Francisco.– ¿Adónde lleva ese oficio tuyo? ¿Les enseña a los hombres cómo se vive para morir, y cómo se muere para vivir?

Padre.– Estamos en el año de gracia de 1206. Hoy ya no se pregunta de dónde provienen las fortunas ni cómo fueron hechas. Con una buena fortuna en la mano abres todas las puertas. Aunque provengas de una familia de labriegos, como nosotros. *(Encendiéndose)* ¿Y sabes qué vislumbro?... Que llegará un día en que los padres del oro desplazarán a los nobles, a los reyes, a los guerreros, a la iglesia misma...

Francisco.– Me hablas de los grandes mercaderes, de los banqueros poderosos... Serán –me dices– los nuevos dioses que en la tierra desplazarán al Dios del cielo... ¿Y ellos sabrán enseñarnos nuestro camino? ¿Nos ayudarán a subir hasta lo más alto?

Padre.– ¿Por qué no?... El oro, con su grandeza, con su hermosura, nos modelará a su imagen y semejanza...

Francisco.– *(Acentuando la ironía)* Será un mundo admirable, donde dará gusto vivir y morir...

Padre.– Pero dejemos las ensoñaciones de futuro. *(Le entrega unos papeles)* Toma, te entrego estos documentos para que empieces a estudiarlos. Me darás tu opinión. *(Lo mira un momento)* Y espero que borres tu resentimiento hacia mí. *(Sale)*

*(Francisco hojea con desinterés los papeles. Pero algo le llama la atención. Pasa varias hojas. Se ensombrece. Alarmado, llama hacia afuera)*

Francisco.– ¡Madre!... ¡Eh, madre! *(Entra ésta)* ¿Te ha hablado mi padre de este asunto? *(Le pasa los papeles)*

Madre.– *(Dándole una mirada)* Sí, lo conozco. Lo hemos discutido más de una vez.

Francisco.– ¿Entiendo mal, o aquí se trata de un negocio donde...?

Madre.– *(Bajando la cabeza)* Sí, se trata de eso.

Francisco.– ¿Y tú qué opinas?

Madre.– Traté de disuadir a tu padre, pero fue en vano.

Francisco.– ¿El es consciente de lo que va a ocurrirles a nuestros amigos los Alfieri?

Madre.– Pero alega que si esta operación fracasa, será nuestra familia la que quede arruinada.

Francisco.– Entonces, para salvarnos nosotros...

Madre.– Tratándose de grandes negocios, explica él, el sentimiento no cuenta.

Francisco.– Los viejos colegas sacándose los ojos... Con los Alfieri estuvimos tan unidos... Los niños empezamos a gatear juntos...

Madre.– Al parecer no hay alternativa: o ellos o nosotros.

Francisco.– Estamos entre lobos, por lo visto... ¿Y éste es el mundo que mi padre me propone?

Madre.– Es doloroso, hijo. ¿Qué podemos hacer?

Francisco.– *(Con tristeza)* Cuando yo era niño, no hubo hombre más afectuoso que mi padre. Entonces era un comerciante de mala muerte, que recién empezaba con su modesto negocio de paños. Cada noche, antes de dormir, me mostraba las pocas telas que tenía, me las hacía acariciar una por una... me enseñaba sus nombres, sus usos... Estaba enamorado de aquellos tejidos y me enseñó a amarlos. ¡Míralo hoy!

Madre.– Pero no es un mal hombre. Tú lo sabes.

Francisco.– Demasiado lo sé, y es lo que más me duele. Me lo he repetido mil veces: es que ha entrado en un juego que... ¡Ese querer ser más que los otros a cualquier precio...! Y si un día hay que asestarle un golpe al que está más cerca, la mano no temblará!... ¡Jamás me plegaré a semejantes leyes!

Madre.– Será un dolor para tu padre no tenerte a su lado.

Francisco.– No me haré cómplice, no. ¡Así se hunda nuestra famosa fortuna!

Madre.– Pero no juzgues mal a tu padre.

Francisco.– Y tú no lo secundes. *(Silencio tenso. Ablandándose)* Entiéndeme, Madre. Yo no puedo entrar más en ninguna guerra ni en ningún destrozo. Eso también lo aprendí durante mi encierro. Necesito sentirme muy cerca de los hombres y de las cosas...

Madre.– Me alegra oírtelo decir.

Francisco.– Te ruego que le devuelvas estos papeles que me quemaron y me avergüenzan. Trata de explicarle quién soy ahora. El en su mundo, yo en el mío. Son mundos contrarios.

Madre.– Yo pertenezco al tuyo. Aunque me debo al de él.

*(Sale la Madre. Francisco queda ensimismado un momento)*

Francisco.– Los nuevos dioses que están llegando... Nada quedará en pie en el alma del hombre...

*(Se oye de fuera el sonido de una campanilla que se acerca. Francisco la registra y hace un gesto instintivo de huir. Pero se sobrepone y permanece. Poco después entra un Leproso. Trata de cubrirse el rostro con una especie de capucha que lleva puesta. Francisco lo mira y hace un movimiento involuntario de horror)*

Francisco.– Cuando la carne se destroza, es porque el mundo está destrozado. Pero el Señor puso en nuestras manos el poder de restañar todas las heridas de cualquier mundo enfermo. ¿Cómo olvidarlo?

Leproso.– *(Tendiéndole la mano)* ¡Una limosna, por amor de Dios! *(Sorprendido)* ¿Pero cómo? ¿No huyes de mí, como hacen todos? ¿No sabes que mi contacto puede llevar el infierno a tu cuerpo?

Francisco.– Por amor de Dios, dices... ¿Qué piensas de ese Dios que fue tan despiadado contigo?

Leproso.– Que Él sabrá por qué me obsequió esta lepra.

Francisco.– ¿Te lo merecías? ¿Eras un mal hombre? ¿Tenías costumbres depravadas?

Leproso.– Era un buen forjador. Tenía mujer e hijos, que huyeron de mi enfermedad. Jamás maté una mosca.

Francisco.– Entonces estás diciendo que Dios es injusto e inmisericorde...? ¡Castigó sin razón a un inocente!

Leproso.– Me permitió conservar el ser. ¿Conoces algo que valga más?

Francisco.– ¿Amas a Dios, entonces?

Leproso.– Lo amo y le agradezco.

Francisco.– No es fácil entenderte.

Leproso.– Cuando llevas a Dios en tus tejidos, no en tu inteligencia, no necesitas entender: todo te es dado.

Francisco.– Hablas como un santo.

Leproso.– Hablo como el último de los hombres. Que eso soy. Dios quiso recordármelo.

Francisco.– *(Pensativo)* ¿Se te presentó Dios alguna vez?... ¿No viste nunca aparecer un resplandor que no sabías de dónde provenía?... *(Mirándolo a los ojos)* Te ruego que me permitas ver tus llagas.

Leproso.– Qué ocurrencia! No me exhibo.

Francisco.– Quiero presenciar el trabajo de Dios sobre tu carne.

Leproso.– *(Luego de dudar un momento)* Asómate a mi cara. Sólo un segundo. La nariz, la mejilla izquierda, el labio superior.

*(Entreabre rápidamente la capucha que casi lo cubría. Francisco hace un involuntario movimiento de horror. Luego se rehace)*

Leproso.– ¿Te bastó?... Pero yo amo esa cara, porque la esculpió el Señor.

Francisco.– *(Sin dejar de mirarlo)* Tienes suelta la venda de tu mano derecha. Déjame vendarte.

Leproso.– ¿Qué pretendes? No me gusta la conmiseración ajena. Me basta con la mía.

Francisco.– No, no es lástima. Creo, como tú, que eres la obra de Dios, aunque no la entendamos. *(Firme)* ¡Anda!, trae acá esa mano. *(El Leproso vacila. Francisco le agarra con fuerza la mano y comienza a soltarle la venda)*

Leproso.– ¿Qué estás haciendo, muchacho? Puedo dejarte marcado para siempre.

*(La mano ha quedado al desnudo. Francisco se acerca a ella y la contempla largamente. De pronto la besa. El Leproso trata de desasirse, pero Francisco se lo impide)*

Leproso.– ¡Suéltame! ¡Te has vuelto loco!

Francisco.– Te he sentido «mí mismo». Es lo que mi boca trató de decirle a tu llaga. Y ahora escúchame: quiero que vengas aquí cada día, a esta misma hora. Convoca a todos los que son como tú. Yo cuidaré de ustedes.

Leproso.– ¡Loco, sí! Loco de remate. Corre pronto a ver a un médico y cuéntale lo que acabas de hacer. Es posible que te encierren.

Francisco.– *(Mientras termina de vendarlo)* Ahora ve. Desde este momento tu lepra, me contagies o no, ya no es tuya sola. *(Pausa afable)* Haz sonar tu campanilla. Que Dios te acompañe y te conforte.

Leproso.– ¿Quién eres? ¿Por qué procedes así?

Francisco.– No sé quién soy ni lo que hago. Desde hace un rato me llamo Francisco. Tal vez mi encierro me ha vuelto loco. ¿Qué más da?

Leproso.– *(En susurro)* Aprecio esa demencia, Francisco. Mañana estaré puntualmente aquí.

*(Sale. Francisco queda ensombrecido)*

Francisco.– Un lenguaje incomprensible el que usas, señor Dios... ¿Qué función cumple en tu plan la inocencia castigada? ¿Qué quieres mostrarnos cuando permites que la injusticia triunfe?

*(Se oye de fuera un grito desgarrador. Entra huyendo despavorida una Niña, que se refugia contra el regazo de Francisco. La acompaña Arnaldo, un hombre simple, vestido con ropas rústicas)*

Francisco.– ¿Qué pasa, Niña? ¿Por qué huyes así?

Arnaldo.– Quieren matarla, señor.

Francisco.– ¿Matarla?... ¿Quién eres tú?

Arnaldo.– Me llamo Arnaldo. Soy tonelero en el mercado. Hace un momento presencié cómo unos hombres asfixiaban con bolsas al hermanito de esta niña.

Francisco.– ¿Qué dices? ¡Qué horror!

Arnaldo.– A duras penas logré alejar a la niña del mercado, pero la persiguen. No tardarán en llegar aquí.

Francisco.– ¿Y por qué quieren matar a estos niños? ¿Qué han hecho de malo?

Arnaldo.– Son demasiados los que andan rondando por las calles, niños y mayores.

Francisco.– ¿Y qué delito hay en eso?

Arnaldo.– Es que... cuando no tienen qué comer, si las limosnas no alcanzan...

Francisco.– ¡No pueden morir de hambre!

Arnaldo.– Pero los comerciantes se quejan de sus raterías. Quieren terminar con lo que llaman «una plaga». Los hacen perseguir con hombres armados con palos, cadenas y cuchillos. Les pagan para que «limpien» las calles, como dicen ellos.

Francisco.– ¿Les pagan? ¿Quién les paga?

Arnaldo.– Los tenderos, y los fruteros, y los pescaderos, y los taberneros, y los joyeros, y...

Francisco.– *(Sombrio)* ...y los vendedores de paños...

Arnaldo.– Tenemos que esconder a esta niña, señor. No hay tiempo que perder!

Francisco.– Yo sé dónde llevarla. ¡Vamos!

*(Van a salir, pero entra el Padre de Francisco. Quedan padre e hijo enfrentados)*

Padre.– ¿Así que mi hijo, no contento con robarme a mí, ahora protege a los ladroncitos?

Francisco.– ¿Así que mi padre, un hombre que fue tierno, ahora paga para eliminarlos?

Padre.— Pago para que dejen trabajar en paz a la gente de bien.

Francisco.— ¿Acaso no sabes que esos guardianes que ustedes pagan los asesinan sin ningún miramiento?

Padre.— Nosotros pagamos para que los mantengan a raya. Lo que pase después no es cosa nuestra.

Francisco.— No puedo reconocerte, Padre. Sí, ya sé: tú no eres culpable; es la ley de tu mundo, que se ha echado a andar.

Padre.— Debe reinar el orden para que el comercio honrado pueda prosperar en beneficio de todos.

Francisco.— ¡La gran frase! La vida de unos niños vagabundos ¿a quién le importa?

Padre.— ¿Me estás acusando de asesino?

Francisco.— No, Padre. El asesino es el dios que estás ayudando a levantar. Lleva el asesinato en las entrañas. (*Volviéndose*) Anda, Arnaldo, llévate a la niña. Aquí corre peligro: de un momento a otro llegarán los sacerdotes de la nueva religión que se ha ganado el corazón de mi padre.

(*Salen presurosos Arnaldo y la Niña*)

Padre.— (*Furioso*) He tenido demasiadas contemplaciones contigo. Ya veo que he perdido el tiempo. No esperes nada de mí.

Francisco.— ¿Qué podría esperar? ¿Buenos consejos? ¿Instrucciones para salvar el alma?

Padre.— ¡Desde ahora tienes cerradas las puertas de nuestro hogar!

Francisco.— Ahora mi hogar no es de este mundo, Padre. Acabo de comprenderlo.

Padre.— ¡No recibirás de mí ni una moneda de oro! No eres más que un pobre de solemnidad.

Francisco.— ¡Soy cien veces más rico que tú!

Padre.— Vivirás como un pordiosero, como un miserable!

Francisco.— Espero que tus guardianes no me maten por serlo.

Padre.— ¡Maldito seas! ¡Apártate de mi vista!

Francisco.— Tú ya no tienes ningún poder sobre mí. (*Mirándolo con firmeza*) Ahora quiero seguir mi camino: te ruego, pues, que te apartes tú.

Padre.— ¡Qué insolencia! ¿Quién te crees que eres?

Francisco.— ¿Quién? Te lo diré ahora mismo. (*Comienza a desnudarse ante la mirada atónita de su padre. Grita en todas direcciones*) Quiero que todos lo sepan! ¡Ya no me llamo más Juan Bautista Bernardone, ni mi padre es ya Antonio Bernardone, comerciante en paños! (*Avanza hacia el público fogosamente*) ¡Quiero que todos ustedes, ciudadanos de este lugar, presencien este cuerpo en toda su

desnudez! Es lo único que poseo: sólo estos huesos y esta carne caediza que Dios quiso darme. Ahora me llamo Francisco, y Francisco vivirá para servir al Señor verdadero. ¡Que todos lo sepan!

*(El Padre sale iracundo. Francisco queda manteniendo en alto sus brazos con exaltación y fiereza)*

*Fin de la primera secuencia. No habrá corte ni intervalo. La transición podrá marcarse con elementos sonoros o luminosos, o ambos, y por la naturalidad con que los actores se preparan para continuar la acción.*

– SECUENCIA 2 –

*Durante el intermedio, se verá a Francisco y Arnaldo colocarse unos hábitos raídos.*

*Al reiniciarse la acción, el ambiente será de franca alegría. El hermano Arnaldo está sentado en el suelo, fabricando activamente una cesta de mimbre. Se oyen de fuera risas, algún canto, golpes rítmicos de martillo, etc. Entra Francisco con aspecto feliz, trayendo un conejito en los brazos.*

Francisco.– *(Hablandole divertido al conejito)* No paras de comer ni un momento. ¡Vas a reventar! Tienes que reservar algún rato para conversar con Dios. Con esas orejas inmensas que tienes, las palabras del Señor no pueden escapársete. Yo, en cambio, las pierdo a cada rato, y entonces no sé qué hacer.

Arnaldo.– *(Sin dejar de trabajar)* Creo que el hermano Carmelo, y no tú, tiene razón en este caso.

Francisco.– ¿De qué hablas?

Arnaldo.– De ese maldito árbol. El menor viento lo derribará, y entonces ¡adiós nuestros dormitorios!... o nuestras crismas. El gigantón de Carmelo, de tres hachazos bien dados, lo tira abajo y se acabó el peligro.

Francisco.– Ni lo sueñes. Ese árbol lo adopté yo. Estoy enamorado perdidamente de él. Prefiero que venga el gigantón de Carmelo, y de tres hachazos bien dados, me hache el cuerpo a mí.

Arnaldo.– ¿De qué no te enamoras tú? Desde el peor bicho al lodazal más inmundado.

Francisco.– Porque en ellos está el sello de Dios. Pero has de saber, para que te tranquilices, que este árbol y nuestra casa están bajo la protección de los ángeles. Ellos mismos me lo dijeron en sueños la otra noche.

Arnaldo.– Los ángeles...! ¿Y si en medio de la tormenta, preocupados con los rayos y los truenos, se distraen un momento? *(Al oír esto, se oyen risas y burlas de fuera)*

Francisco.– *(Riendo)* No bien se pone a soplar el viento, Dios los llama y les dice: «Angeles míos, bajen rápido a la tierra y corran a la casa de mis hijos predilectos –que somos nosotros– y sostengan el árbol para que no se les caiga encima. ¡Y cuidadito con distraerse en el camino!»

Arnaldo.– Pero tú sabes que los ángeles son bastante remolones. ¿Y si el viento les gana de mano?

*(Se redoblan las risas)*

Voz.– *(De fuera)* ¿Qué te parece, Francisco, si usamos el árbol para colgar al hereje? *(Más risas)*

Arnaldo.– Lo que yo me digo es: ¿por qué, en lugar de vivir en estas chozas que se caen de un soplido, no nos encerramos entre cuatro paredes sólidas, como hacen las demás órdenes? Un monasterio como una fortaleza, donde rezar todo el día, llueva o truene; o retirarnos al desierto, como hacen los ermitaños.

Francisco.– Ese famoso miedo al mundo... ¿Tú crees que aislándote del mundo vas a estar más cerca de Dios?... Yo no podría vivir sin el olor de los árboles, sin los ríos sonando, sin la lluvia en mi cara... Las cosas no me alejan de Dios; me «ponen en Dios».

Arnaldo.– El cura de mi aldea me enseñó que el mundo es el enemigo.

Francisco.– Pues entonces no te juntes con nosotros. Aquí somos los locos del mundo, los borrachos del mundo.

Arnaldo.– Ah, si se trata de borrachos, éste es mi lugar. A mí, a borracho nunca me ganó nadie.

*(Grandes risas y escándalos. En el momento de mayor alboroto, aparece un señor Obispo. Viene acompañado de un franciscano, el hermano Elías. Los otros no advierten la presencia de los recién llegados. El Obispo se queda de pie, presenciando la escena con reprobación. Arnaldo es el primero en descubrirlo)*

Arnaldo.– ¡Ay, mi Dios! *(Se sumerge en su trabajo)*

Elías.– Hermano Francisco: Su Eminencia ha tenido a bien llegarse hasta nuestra casa. Lo he encontrado en el camino y me he tomado la libertad de conducirlo hasta aquí.

Francisco.– *(Muy cortado)* Señor Obispo... La verdad, no nos anunciaron su visita. Sea usted bienvenido. Veo que acaba de conocer al hermano Elías. Este es el hermano Arnaldo. Dos compañeros entrañables.

Obispo.– Estoy recorriendo la región, pero no tenía previsto llegar hasta aquí. Algo había oído hablar de esta hermandad. Veo que, tal como me habían adelantado, es algo... diferente.

Francisco.– Todo es muy pobre, como usted ve. Es nuestro principio cardinal: vivir en perfecta pobreza.

Elías.– La lección más preciada que nos legó nuestro Señor Jesucristo.

Francisco.– A ver, hermano Arnaldo. Trae algo donde pueda sentarse el señor Obispo.

Elías.– Algo que, en su modestia, sea digno de Su Ilustrísima. *(Viendo que Arnaldo duda)* Algo... decoroso.

Arnaldo.– *(Sale, rascándose la cabeza)* Decoroso...

Francisco.– Procuramos imitar en todo a Jesús. Es un camino arduo, pero no puede haber gozo mayor.

Obispo.— Un principio, en verdad, más que encomiable.

Elias.— Nosotros seguimos al Jesús del Evangelio. Procuramos imitarlo en todo.

Francisco.— En especial al que miró y se desveló por los pobres y desamparados de este mundo.

Elias.— Ya ve usted en qué indigencia vivimos.

Obispo.— Comprendo: un Jesús al pie de la letra.

Elias.— A eso aspiramos.

Obispo.— Sin embargo, la Iglesia de nuestros días... El tiempo de Jesús era distinto al de ahora. Tal vez los caminos ya no sean los mismos.

Francisco.— Con todo respeto: nosotros seguimos pensando que la pobreza estricta que él practicó...

Elias.— Sin embargo, el señor Obispo no dice lo contrario, hermano Francisco. Sólo hace notar que una mirada más realista puede indicar que...

*(Se interrumpe al ver entrar a Arnaldo trayendo un cajón destartado. Francisco ha quedado mirando a Elías con sorpresa).*

Arnaldo.— Le aseguro, Obispo, que es lo más decoroso que pude encontrar... aunque no sea digno de sus asentaderas.

Francisco.— *(Con azoramiento)* Perdone su simpleza, señor Obispo. Le ruego que se siente, aunque sea un asiento tan inapropiado. Es que jamás pensamos que recibiríamos a ninguna jerarquía.

Obispo.— *(Sentándose con dificultad y visible molestia. Mira a su alrededor)* ¿Donde tienen la sede de la Orden?

Francisco.— ¿La sede...? *(Señalando hacia afuera)* Allí... Es esa construcción.

Obispo.— *(Observando con atención)* Parece algo precaria, en verdad.

Arnaldo.— No crea. *(Con mundana desenvoltura)* Su techo de ramas nos protege del sol y de la lluvia. ¿Para qué queremos más? Nosotros no usamos ni monasterios ni ermitas, ni nos apartamos del mundo, como hacen otros. Preferimos vivir muy mezclados con las criaturas de Dios. *(Pausa)* Y con ellas nos emborrachamos de lo lindo.

Obispo.— ¿Cómo dice?

Francisco.— *(Azorado)* Es sólo una metáfora. Quiso decir que nos embriagamos de dicha contemplando las criaturas del Señor.

Obispo.— Ajá. *(Pausa incómoda)* ¿Y de qué viven ustedes?

Francisco.— Algunos trabajan con las manos. Los demás mendigamos.

Obispo.— ¿Mendigan?

Elias.– Es un modo de poner a prueba nuestra devoción.

Francisco.– ...y de practicar la Santa Pobreza, que para nosotros es lo principal. La gente es muy generosa con nosotros: jamás nos permiten padecer hambre. *(Nueva pausa molesta)*

Obispo.– Ya vi que las apreturas en que viven no les hacen perder el buen humor. Escuchaba la jarana desde hace lo menos media legua.

Francisco.– *(Confuso)* Es cierto, nos reímos mucho. Nos sentimos muy contentos por vivir dedicados a Dios.

Arnaldo.– Pero además pensamos que Dios también se ríe.

Obispo.– ¿Cómo?...¿Que Dios se ríe?

Francisco.– Quiso decir que el Señor debe estar muy conforme con su obra, y entonces quizás se complazca en ella. Es otra metáfora.

Arnaldo.– *(Imperturbable)* Y pensamos que Dios hasta canta.

Obispo.– ¿Que canta, dice usted?

Arnaldo.– ¿Nunca lo oyó?... Nosotros, todos los días. Francisco y yo nos pasamos horas escuchándolo.

Obispo.– *(Irónico)* ¿Y no pudieron averiguar si también baila?

Arnaldo.– Dios no sabemos, pero nosotros sí.

Obispo.– ¿Que ustedes bailan?

Arnaldo.– Cómo no. Por los caminos, en las plazas de los pueblos.

Obispo.– ¿Como si fueran juglares, o algo así?

Arnaldo.– Eso mismo. ¡Si la gente nos llama «juglares de Dios»! *(Pausa perpleja)*

Obispo.– *(Con ironía velada)* ¿Y al menos rezan...?

Arnaldo.– Ah, eso sí: ¡hasta echar el resuello! Francisco nos vigila como un perro guardián!

Elias.– La oración es nuestra principal vía para ascender hasta Dios.

Francisco.– Pero lo que más nos preocupa es predicar. Salimos de dos en dos, recorriendo caminos y poblados; reunimos a la gente y predicamos la verdad del Señor. *(Nueva pausa)*

Obispo.– ¿Y dónde está la iglesia donde ofician?

Francisco.– *(Tragando saliva)* Allí... *(Señala)* Es esa construcción pequeña, al lado de... nuestra sede.

Obispo.— ¡Pero eso es un cobertizo!

Arnaldo.— ¡No, no! «Era» un cobertizo. Pero nosotros, entre todos, la fuimos convirtiendo casi en una catedral.

Francisco.— ...un tanto rústica, sin duda.

Arnaldo.— ¡La viera usted los domingos, desbordando de pobres por los cuatro costados! Usted tendría que venir a nuestra misa, un día: vería cómo corretean alrededor del altar las gallinas, los lechoncitos, hasta algunos borricos... ¡Da gusto, Obispo, créame!

Obispo.— Tendré que venir, sí, en algún momento... ¿Y donde se retiran ustedes para dedicarse al estudio y la lectura?

Francisco.— No, señor Obispo. Nosotros no leemos.

Obispo.— ¿Cómo, que no leen?

Arnaldo.— ¡Si la mayoría de nosotros no sabe ni leer ni escribir! Salvo el hermano Elías, que es el más ilustrado de todos.

Francisco.— Sólo se lee en voz alta el Evangelio. Las demás lecturas están prohibidas.

Obispo.— ¿Prohibidas?... ¿No leen teología, escolástica...?

Francisco.— No, señor Obispo. Consideramos que eso no sirve para acercarnos a Dios. No es por la mente que vamos hacia El; es por el corazón.

Elias.— Aunque no desdeñamos a quienes se dedican al estudio para bien de nuestra Santa Madre Iglesia.

Arnaldo.— Pero el Catecismo lo sabemos del revés y del derecho. Si quiere preguntar...

Obispo.— (*Poniéndose de pie*) Me alegro de haber llegado hasta aquí. Incluiré esta visita en mi informe. Pero ahora debo continuar, antes de que caiga la noche.

Francisco.— Nos haría un altísimo honor compartiendo nuestros aposentos...

Obispo.— (*Disimulando su sobresalto*) No, no, gracias. Es que tengo que llegar a... Me espera mi carruaje no lejos de aquí.

Francisco.— Quisiera ofrendarle algún presente en recuerdo de esta visita... que nunca olvidaremos. (*Ofreciéndole el conejito*) Le ruego que acepte esta deliciosa criatura de Dios, que ha querido venirse a vivir con nosotros para estar más cerca de El. Por lo mismo que mucho lo amamos, llévelo usted.

Obispo.— (*Ocultando el rechazo*) Este animalito... Cuánto le agradezco su generosidad. Pero está en las mejores manos.

Francisco.— A ver, Arnaldo. Muéstrale el camino al señor Obispo.

Elias.— Yo lo acompañaré hasta su carruaje. Por aquí, señor Obispo.

*(Se saludan ceremoniosamente. Salen Obispo, Elías y Arnaldo. Francisco lanza un interminable suspiro de alivio)*

Francisco.– *(Al conejito)* ¿Qué te ha parecido nuestro visitante? Ay, Dios mío, ¡qué impresión se habrá llevado de nosotros! ¡Cuando presente su informe a las altas esferas...! ¿Por qué siempre me sentiré tan mal frente a las jerarquías?... Créeme: contigo me siento más cómodo que con los personajes!... *(Despidiéndolo con afecto)* Y ahora vuélvete a tu mundo, que mucho te envidio. Un mundo sin jerarquías ni imposiciones... *(Lo hace salir)*

*(Francisco se adelanta hacia los espectadores, como las veces anteriores)*

Esto, que acabo de decirle a mi conejito, es lo que, de veras, alberga mi corazón. Y sin embargo, uno de los primeros dictados de la Orden que acabo de fundar es el voto de obediencia... de obediencia ciega y sin fisuras a las jerarquías de Roma. Muchas veces me digo: el contacto con un mundo áspero y poblado de contradicciones, ¿no nos hace contradictorios a nosotros mismos?

*(Luego de un momento, entra Clara. Trae la cabeza cubierta y un envoltorio en la mano)*

Francisco.– ¡Clara! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Clara.– Ahora sé por qué dejaste de ir a nuestros encuentros. ¿Cómo no me anunciaste el paso que ibas a dar; que fundabas una Orden, nada menos? Yo te hubiera apoyado de todo corazón.

Francisco.– Demasiado lo sé.

Clara.– Tal vez me consideraste apenas una niña. Sin embargo... toma. *(Le entrega el envoltorio)* Abrelo.

*(Francisco lo abre con gran cuidado. Aparece una larga cabellera reluciente)*

Francisco.– ¿Qué es esto, Clara?

Clara.– He abandonado el mundo. *(Se quita el manto que le cubría la cabeza, que aparece totalmente rapada)*

Francisco.– ¿Qué estás diciendo?

Clara.– Que me aparto del siglo. Como te apartaste tú.

Francisco.– Clara... ¿pero y tus padres?

Clara.– ¿Y los tuyos?... He renunciado a mis bienes. Soy pobre, como tú. Mendigaré, como tú.

Francisco.– ¿Qué dice tu familia?

Clara.– Lo mismo que la tuya: que me volví loca. Pero no soy yo sola: mi hermana también ha querido imitarte. Y otras jóvenes de familias ricas se nos sumarán.

Francisco.– ¿Pero qué harán? ¿Entrar en un convento?

Clara.– No me basta. Me propongo fundar yo también una Orden semejante a la tuya. Queremos enseñarles a los hombres que deben vivir en la Santa Pobreza; que el afán de riquezas es nuestro enemigo mayor.

Francisco.– No podrán predicar, Clara.

Clara.– Pero podremos cuidar a los enfermos, alimentar y vestir a los indigentes. *(Observándolo)*  
¿Pero por qué no te alegras de nuestra decisión? Pensé que no cabrías en ti de gozo.

Francisco.– No yo, que nada importo: Jesús te recibe con la mayor alegría. Pero es que... a veces me da miedo, Clara. Hemos elegido un camino demasiado áspero, casi sobrehumano. Pueden no entendernos, tendremos enemigos que no perdonan.

Clara.– ¿Es que no confías en Dios?

Francisco.– Confío, sí. Ciegamente.

Clara.– Eso me enseñaste tú: entregársele y no temer, y no importarnos de lo que nos pase.

Francisco.– Tengo miedo de que te hagas daño.

Clara.– ¿Y tú?... Yo me siento entera bajo su amparo... y el tuyo. *(Se miran profundamente a los ojos)*

Francisco.– Que Dios te proteja, hermana Clara. *(Subrayando el «hermana»)*

Clara.– Dame tu bendición, hermano Francisco. *(Idem)*

Francisco.– Mi bendición... ¿Quién soy yo para bendecirte? No merezco ese don. Te prometo, eso sí, mi compañía, en la ventura o en la adversidad.

Clara.– Mayor riqueza no podrías entregarme.

Francisco.– Vé al encuentro de Jesús. *(Pausa breve)* ¿Sabes? Desde ahora nos veremos muy poco. Nuestra vida religiosa así lo exige.

Clara.– Así será. Pero estarás conmigo en todos los momentos.

*(Se hacen un saludo religioso. Sale Clara. Francisco queda contemplando la cabellera entre sus manos).*

Francisco.– Bendito sea este brillo, que Dios hacía fulgurar como una aureola sobre la hermana Clara. Benditas estas ondas, que el Señor movía con sus manos. Y estos aromas, que eran los aromas de la santidad. Y bendita la brisa, que esparcía estos cabellos. Y el día, que se miraba en ellos como en un espejo. Y el agua, que los recorría cantando. Y bendito el fuego, que ahora se los llevará por los aires, buscando el regazo del Señor.

*(Prepara en silencio la incineración de los cabellos. Les prende fuego y queda contemplando las llamas. Entra la Madre)*

Madre.– ¿Qué haces, Francisco?

Francisco.– Contemplo cómo la vanagloria del mundo se disipa en humo, en sombra, en nada...

*(Quedan ensimismados un momento)*

Francisco.– Clara ha encontrado el arduo camino. El más glorioso de todos.

Madre.– Me lo dijo. No será fácil para ella. Roma tendrá que aprobar la fundación de su Orden.

Francisco.– No faltarán obstáculos. Clara necesitará toda su fortaleza. *(Pausa)*

Madre.– ¿Y tú?

Francisco.– ¿Yo?...

Madre.– También tú debes ir a Roma. La Santa Sede debe aprobar la nueva Regla que te has dado para tu Orden.

Francisco.– *(Bajando la cabeza)* Cierto.

Madre.– ¿Por qué te ensombreces?

Francisco.– Tengo miedo... de no llegar a tiempo. Es que tuve que escribirla toda de nuevo.

Madre.– ¿Qué dices? Estuviste meses redactándola. ¡Habías quedado tan satisfecho!

Francisco.– Así es. Pero esa primera redacción... se extravió.

Madre.– ¿Que se extravió?... ¿Cómo pudiste perderla, hijo?

Francisco.– No la perdí yo.

Madre.– ¿Y quién, entonces?

Francisco.– Fue una desgracia muy grande. Se la había pasado al hermano Elías para que la revisara. Es el más preparado de todos nosotros, el más inteligente. *(Pausa sombría)* Pero se le perdió.

Madre.– ¿Al hermano Elías?... ¡Pero no es posible! ¡Un documento de tanta importancia para tu Orden!...

Francisco.– El mismo no puede explicárselo. *(Silencio)*

Madre.– *(Larga pausa preocupada)* ¿Tú estás seguro de él, hijo?

Francisco.– Pocos tan adictos a mi persona. Ya sabes: lo elegí para que fuera mi Madre en la Orden, como llamamos a quien nos guía en cosas de religión...

Madre.– ¿Y él te está ayudando a rehacer tu Regla?

Francisco.– En verdad no.

Madre.– ¿Se ha negado?

Francisco.– No es eso. Hace veinte días que se encuentra en Roma.

Madre.– ¿En Roma?

Francisco.– Lo mandaron llamar de la Santa Sede.

Madre.– De la Santa Sede... *(Queda sumida en un silencio preocupado)* ¿No has pensado, hijo, que Elías pudiera estar en desacuerdo con tu pensamiento y que entonces...?

Francisco.– ¿Qué estás diciendo?... No conozco en nuestra Orden repliegues ni intrigas. *(Le habla con afecto)* Aleja de ti esos malos pensamientos, Madre. ¿Por qué crearme inquietudes? Tú misma me enseñaste de niño a desechar temores... *(Pausa evocativa)* ¿Te acuerdas de que le tenía miedo hasta a los animales más pequeñitos? Las hormigas, los escarabajos. «Son criaturas de Dios», me explicabas tú. «No pueden hacerte daño»... *(Bajando la voz, emocionado)* ¿Sabes?: yo escucho todo en todo. En cualquier cosa recibo los mensajes de todo lo demás... *(Afectuoso)* Así que no me hagas desconfiar de mis compañeros. En ellos también resuenan todas las cosas del Señor... *(Con afecto)* De todos modos, aprecio tu inquietud. No te preocupes: trabajaré el doble, pero la Regla estará lista a tiempo.

*(Sale Francisco. La Madre se queda mirándolo alejarse)*

Madre.– *(Como en susurro)* Sin embargo, tratándose de ti, nunca me he equivocado...

*(Largo silencio sombrío. Van bajando las luces sobre su figura inmóvil. Finaliza la Secuencia 2)*

### – SECUENCIA 3 –

*Sin intervalo, como en el caso anterior, y al cabo de una breve pausa, recomienza la acción. La escena se ilumina. Aparece Francisco caminando con firmeza hacia un púlpito, al que sube. Contempla un momento a los asistentes que se supone que están frente a él, y que componen el público de la sala. Comienza a hablarles con voz pausada.*

Francisco.– He venido al encuentro de ustedes, hombres y mujeres de este pueblo, para hablarles de Dios y de su Hijo, aquí, en el púlpito de esta iglesia que ustedes han erigido en su homenaje.

Han pasado algo más de mil años desde el advenimiento de Jesús, pero parece que estuviera aquí, uno más en nuestra asamblea. Reparen con atención en su atuendo: no parece ningún principal. ¡Nadie diría que es el Hijo del Señor! Sus ropas son las de un indigente, sus pies están descalzos.

¿Por qué su Padre, al encarnar como hombre, no eligió los ropajes de un monarca, el porte de un poderoso? Porque Dios quiso enseñarnos que no reside en los bienes terrenales ni en el poder mundano la vía que conduce a la vida eterna. Sólo la pobreza –nos dice Jesús– conduce hacia el Señor. Nuestra Señora la Pobreza: ésa es la única santa compañía que puede elevarnos hasta El.

*(Pasea su mirada por los espectadores)*

Sé que muchos de ustedes, aunque sinceros creyentes, poseen bienes terrenales y los atesoran. Veo las casas suntuosas de algunos; cómo van y vienen en sus carruajes flamantes; o tal vez son dueños de tierras feraces, de alhajas relumbrantes que mantienen bien guardadas...

A éstos les repite Jesús, con su palabra de mil años, lo que dijo entonces: «Despójense de cuanto poseen, prescindan de sus ataduras terrenas, si quieren alcanzar la vida perdurable». Porque mientras ustedes atesoren bienes terrenales, el corazón quedará prisionero. Y en ese corazón invadido, Dios no entra!

*(Sorpresivamente se interrumpe. Parece atormentado por un pensamiento súbito que lo perturba. Se aparta unos pasos, atribulado. Habla como para sí)*

¿Por qué me parece sonar a falso?... También mi Iglesia tiene más de mil años y es fiel a Jesús, pero no abraza la pobreza, como yo les predico a los hombres. ¿Soy yo más sabio que la Iglesia en cuyo nombre hablo?

Ni siquiera conozco con qué ojos me juzga esa Iglesia mía. ¿Acepta de corazón mi prédica? ¿desconfía de mí? ¿me considera un rebelde, un heterodoxo, qué...? Nunca fui inteligente. Carezco de instrucción. Procedo como un animalito que sólo sabe dónde está lo que ama y lo que no ama.

*(Ha aparecido la Madre. Francisco va hacia ella)* Ah Madre, mi salud ha empezado a desentenderse de mí. Ya es frecuente que me acometan punzantes dolores...

Madre.— Nunca me lo habías dicho, hijo.

Francisco.— Pero Dios me manda proseguir y hablarles a los hombres como les hablo.

Madre.— Debes cuidarte, Francisco. Corres de un lado a otro. ¡Hasta se te ocurrió viajar a Oriente a convertir a un sultán!... Debes sosegar te. Dios y los hombres te necesitamos sano. *(Afectuosa)* ¿Sabes?... Por fin pude leer íntegra la Regla que tuviste que redactar de nuevo. Me pareció bellísima: la sembraste de citas evangélicas, y eso le quita aridez, le da un toque de elevación y de poesía... Me siento de veras orgullosa de ti... Debes llevarla cuanto antes a Roma para su aprobación. No dudes ni un momento.

*(Comienza a cambiar el clima escénico. Irá adquiriendo una iluminación grandiosa y solemne, que podrá ser apoyada por música equivalente. Entra Arnaldo, que se ubica junto a Francisco).*

*(Aparece un alto jerarca de la Iglesia. Su aspecto y suntuosidad son impresionantes. Francisco y Arnaldo lo saludan con enorme unción. La Madre quedará en escena y seguirá ansiosamente la acción, pero se notará que se encuentra en un plano de realidad diferente)*

Pontífice.— Recibe mi bendición, hermano Francisco. Voy a entregarte la Regla aprobada para tu Orden. Un grupo de teólogos y doctores ha estudiado tu texto con el mayor cuidado. Debo decirte que impresionó inmejorablemente. *(Francisco y Arnaldo intercambian una mirada de complacencia)*

Pontífice.— ¡Hermosísimas, hermano Francisco, las citas evangélicas y bíblicas que incluiste en tu Regla! Las conté: 111 en total... Pero observaron juiciosamente los entendidos que una Regla es un texto jurídico, y el lenguaje jurídico debe ser formalista y severo. No caben ni el lirismo ni la retórica. Así que redujeron un tanto tus bellísimas citas: de las 111 que había, dejamos 11.

*(Malestar en Francisco y Arnaldo)*

Pontifice.— Tampoco aprobamos eso de llamarles «siervos» a los Ministros de tu Orden. ¡No es término apropiado para quienes van a ejercer la autoridad!... Por otro lado, no satisfizo eso de eximir de obediencia a los hermanos, cuando un Superior actúa de manera corrupta y venal. ¿No te parece peligroso, Francisco? ¡Un relajamiento de la necesaria disciplina! Para eso habrá Tribunales que juzgarán la conducta. *(Pausa)*

Y por último, redujimos al mínimo tus repetidísimas referencias a la Santa Pobreza. La pobreza evangélica —explican los doctores— hay que entenderla como un ideal hacia el cual tender... y que se alcanzará, seguramente, alguna vez... en algún futuro que un día llegará... pero por ahora es irrealizable.

*(Con gesto terminante le extiende a Francisco unos papeles)*

Pontifice.— Aquí tienes tu Regla tal como deberá aplicarse. Recibe mis congratulaciones. *(Francisco recoge los papeles y hace una reverencia)* ¿Algún comentario?

Francisco.— No, Su Excelencia. He entendido.

Pontifice.— Ah, me olvidaba... Te rogamos que de ahora en adelante, te apoyes siempre, para las decisiones de tu Orden, en el hermano Elías.

Francisco.— *(Sorprendido)* ¿En el hermano Elías?

Pontifice.— En el hermano Elías. Es un hombre notable. Tienes la fortuna de contarlo en tu Orden. Nadie va a iluminarte mejor que él. En Roma nos merece el mayor aprecio.

*(Saluda y se retira solemnemente. Francisco y la Madre intercambian una mirada de inteligencia. Francisco se aparta algo, apesadumbrado)*

Francisco.— El hermano Elías... *(Casi en susurro)* No sé manejar las dudas; en la intriga no puedo respirar. Sólo sé amar a Dios en la alegría.

*(Arnaldo, que ha quedado cabizbajo, se le acerca visiblemente afectado)*

Arnaldo.— *(Enfrentando a Francisco)* Dime, Francisco: ¿qué estamos haciendo aquí? ¿Qué tenemos que ver tú y yo con todo esto?

Francisco.— ¿Qué dices, hermano?

Arnaldo.— Que yo me sumé a ti para parecerme a Jesús y ya no sé dónde encontrarlo.

Francisco.— Las cosas no son siempre como nosotros quisiéramos.

Arnaldo.— ¡Yo no acepto este lugar, no acepto esta Regla, no acepto que nos cambien lo que nosotros consideramos que está bien!

Francisco.— Nuestra obligación es acatar. No olvides nuestro voto de obediencia.

Arnaldo.— Tú me enseñaste la Santa Pobreza y yo entendí tus palabras. ¡Pero aquí no he encontrado ni sombra de Santa Pobreza! Estos de Roma son palacios, caserones de grandes señores. Y en ellos se

vive como reyes, como príncipes. Todos nos miran de reojo y se burlan de nuestros harapos. ¡Ah no, éste no es mi lugar! Quiero volver a nuestro cobertizo de barro y ramas!

Francisco.– No perdamos la calma, Arnaldo. Volveremos, sí, a casa y allí podremos recapacitar.

Arnaldo.– ¿Qué tenemos que recapacitar? Sólo hay un camino, si no queremos traicionarnos.

Francisco.– ¿Qué camino?

Arnaldo.– Volver a Jesús, apartarnos de todo esto. Vivir como indigentes, tal cual me propusiste.

Francisco.– Pertenece a una Iglesia. No podemos hacerlo solos.

Arnaldo.– ¿Por qué no? Cualquiera cosa, con tal de seguir fieles a Jesús.

Francisco.– ¿Me estás proponiendo fundar una herejía?

Arnaldo.– No sé qué es eso.

Francisco.– Ya otros han pensado como tú. Quisieron volver a la pobreza evangélica y se apartaron de una Iglesia que no era como ellos la querían.

Arnaldo.– ¿Y por qué no nosotros?

Francisco.– No tengo alma de hereje, ¿sabes, Arnaldo? Podrán pasar siglos, pero yo sé que un día esta Iglesia nuestra será como nosotros la queremos.

Arnaldo.– ¿Siglos? ¿Y quién de nosotros lo verá?

Francisco.– Lo verá Dios. Para Dios, los siglos no son más que pestaño. Dios sabe que las cosas se irán haciendo como El las dispuso.

Arnaldo.– ¿Pero y yo? Yo no voy a vivir siglos, como Dios. Tú me dijiste que a Jesús había que traerlo a vivir ahora con nosotros. Ahora, no dentro de siglos. Y en este sitio, ¿dónde está Jesús?

*(Sale angustiado. Francisco queda sumido en gran pesadumbre)*

Francisco.– *(Con dolor)* Señor, ¿es que he dejado de ser digno de Ti?... ¿No me inspiraste Tú cada paso que fui dando? ¿Es que voy por el camino justo? Lo que me dice Arnaldo, ¿no es lo que pienso yo?... Señor, te lo ruego: apiádate de este atribulado siervo tuyo, que sólo de Ti recibe su poca fortaleza y su escasa luz...

*(De pronto el clima escénico se ensombrece. La Madre comienza a manifestar una intensa agitación, yendo y viniendo de un lado a otro con gran inquietud. Al pasar cerca de Francisco le dirige advertencias entre dientes: «Cuidado, hijo», «Mantén los ojos bien abiertos», «No te descuides ahora», etc. Durante el diálogo que sigue, la Madre se desplazará entre los interlocutores con visible nerviosismo, aunque sin intervenir en ningún momento.*

*Ha aparecido el hermano Elías. Se lo ve cambiado. Ha adquirido un porte que no tenía, como revestido de autoridad. Su expresión es seca y sombría. Se mantiene en silencio, inmóvil e*

*imperturbable. Francisco no se vuelve a mirarlo, pero endurece su expresión)*

Francisco.— Ah, has llegado por fin... *(Con severidad)* Hace rato que te he mandado llamar. Tardaste más de la cuenta. *(Lo enfrenta y le habla con dureza)* Estoy sorprendido. Me han informado que, sin conocimiento de la Orden, se ha abierto una casa dedicada exclusivamente a la lectura.

Elias.— Así es.

Francisco.— Y que los hermanos que allí residen no salen a predicar, como manda nuestra Orden, y viven dedicados a estudios teológicos.

Elias.— Es verdad.

Francisco.— Tú estabas en conocimiento de estas cosas, pero no hiciste nada por impedir las. ¿Ignoras que en nuestra Orden existe la prohibición de leer, como no sea el Evangelio?

Elias.— No lo ignoro.

Francisco.— ¿Cómo no lo impediste, entonces?

Elias.— Porque ya son muchos los hermanos que aspiran a dedicar sus horas al estudio, como ocurre en las demás Ordenes.

Francisco.— ¿La nuestra ha levantado esa prohibición, acaso?

Elias.— Pero hemos crecido, hermano Francisco. Ya somos miles. Podemos permitirnos que algunos de los nuestros se dediquen al estudio, y de ese modo serán más útiles a nuestra Santa Iglesia y a nuestra misma hermandad. ¿Por qué no habrían de hacerlo?

Francisco.— ¡Porque nuestra hermandad no cree que el carnaval de la inteligencia sirva para acercarnos a Dios! ¿O no lo sabes? ¡Te desconozco, Elías! No pensabas así cuando te sumaste a nuestra Orden. ¿Te has olvidado de nuestros fundamentos?

Elias.— No los he olvidado. Los sostengo con la mayor firmeza. Pero tal vez no haya una única vía para alcanzar nuestros fines.

Francisco.— No te entiendo.

Elias.— Francisco: ni tú ni yo estamos conformes con nuestra Iglesia. Los dos queremos cambiarla. Queremos, como quiso Jesús, que ella hable para los pobres y que sea el lugar donde los pobres puedan hablar.

Francisco.— Esa fue la suprema lección de Jesús.

Elias.— Pero no es nada fácil conseguirlo, Francisco. No todos en la Iglesia piensan como nosotros. ¿Cómo hacerles cambiar el pensamiento? Muchos en las jerarquías creen que hay que trabajar con las fuerzas del mundo para cambiar el mundo. No bastan las santas intenciones.

Francisco.— También el mundo fue duro para Jesús, y él lo cambió para siempre. Le bastó la palabra, la fe, el aliento de Dios.

Elias.— El era el hijo del Señor. ¿Qué somos nosotros? Muy simples mortales. Sin la fuerza nada se puede en un mundo de fuertes. Nuestra Iglesia lo ha entendido y no se equivoca. Y en cuanto a nosotros... Francisco: Roma es poderosa. ¿Tú crees seriamente que una banda de simpáticos juglares podrá hacerle variar el rumbo? Sólo lo lograremos si nuestra Orden adquiere fuerza dentro de la Iglesia para hacerse oír.

Francisco.— Esos simpáticos juglares, como tú nos llamas, están marcando un camino con sus actos y su predicación. Cada vez la gente nos escucha más y sigue nuestros pasos con mayor fervor. Y eso la jerarquía no podrá ignorarlo.

Elias.— Francisco: he conocido muy de dentro a Roma. Créeme: si nuestra Orden no está presente en las jerarquías, nada avanzaremos. Y otra cosa comprobé: la importancia de una Orden se traduce en sus obras visibles: los templos que construye, capaces de atraer y encantar a los fieles; buenas casas de estudio, que digan nuestra preocupación por el saber. Convéncete: las realidades no se cambian con lirismos.

Francisco.— ¡Cristo cambió el mundo y nunca tuvo poder!

Elias.— Francisco: yo, como tú, he dedicado mi vida a Jesús. Me costó enormes renunciamientos seguirte, pero no dudé. Y ahora quiero que nuestra Orden sea la primera de todas para ponerla al servicio de Jesús y de la Iglesia. ¿Por qué empeñarse en que sea la última?

Francisco.— ¿Qué es ese lenguaje de últimos y primeros? No lo entiendo, Elías. ¡Así no habla nuestra Orden!

Elias.— Los dos queremos lo mismo, Francisco. Los dos vamos llevados por el viento de Dios. Lo único que pido es que ocupemos el lugar que nos corresponde.

Francisco.— *(Cortándolo con furor)* ¡Basta ya! ¡Jamás nuestra Orden habló así! ¡Nosotros no buscaremos ni influencia ni poder, ni construiremos grandiosas catedrales, y seremos siempre la última de las órdenes religiosas, la más insignificante de todas! Porque con ese espíritu nacimos: el de servir en la mayor pobreza, en la absoluta pequeñez. ¡Entiéndelo, Elías!: nacimos para andar desnudos, para no ser nadie. ¡Y el que no tenga esto claro, no puede estar con nosotros, así sea el más sabio de todos!

Y si son ciento los que dejaron crecer en su alma la ambición de riqueza o poder, serán ciento los expulsados. ¡Entiéndelo, Elías!: mientras yo esté vivo, será maldito el que se atreva a cambiar en algo el espíritu de nuestra Orden! *(Pausa terrible)*

Ahora te ordeno que te retires y que dediques tus horas a recapacitar sobre nuestros fundamentos. Y en cuanto a la casa de estudios que tú permitiste que se abriera, iré yo mismo a cerrarla con estas manos. ¡Puedes retirarte!

*(Elías lo mira impasible unos momentos. Luego se retira con una sonrisa ambigua. La Madre corre hacia Francisco y se abrazan)*

Madre.— Ya has visto: mis temores no eran infundados. Ahora hay que esperar su acometida.

Francisco.— ¿Qué está pasando a mi alrededor, Madre? ¿Por qué todo parece volverse contra mí?... Ah tú, Jesús mío, difícil maestro amado: no me dejes flaquear, no me permitas transigir! ¡Llevaré en alto tu mensaje contra el mundo entero si es preciso, y no permitiré que nadie falsifique tu palabra!

*(Quedan fuertemente abrazados)*

*Fin de la secuencia 3. La transición a la siguiente se marcará del mismo modo que las anteriores.*

– SECUENCIA 4 –

*Al reiniciarse la acción, Francisco aparece sentado. Denota un enorme cansancio. Su disminución es visible. Está canturreando apenas una canción en francés, que poco a poco irá dejando perder. Queda sumido en un silencio ensimismado. Se escucha acercarse el sonido de una campanilla. Francisco se reanima al oírla.*

Francisco.– Eres tú, hermano querido. No pudiste llegar más a tiempo. (Mira como buscando en distintas direcciones)

Leproso.– *(Entrando sorprendido)* ¿No me veías llegar?

Francisco.– Mis ojos están desertando cada día. El mundo se me borra... ¡el mundo que tanto amo!

Leproso.– Ah, cómo quisiera ayudarte...

Francisco.– Tu presencia es mi mejor ayuda. Acércate.

*(Se han asomado con timidez algunos campesinos)*

Leproso.– Aquí vienen conmigo estos buenos amigos, que quieren hablarte. ¿Alcanzas a verlos?

Francisco.– Muy difusamente. Que el Señor los bendiga, hermanos. ¿Qué los trae aquí?

Leproso.– Son campesinos de estos alrededores. Muy devotos del Señor... y de tu palabra.

Campesino 1.– Nos trae a ti la desesperación. Ya no podemos más.

Campesino 2.– Trabajamos de sol a sol y el señor del que somos vasallos cada vez nos exige más.

Campesino 3.– Hay penuria en nuestras casas, hermano Francisco. No tenemos nada para darles a nuestros hijos y a nuestros enfermos.

Leproso.– Es bueno que lo sepas: estos desgraciados ya no creen en las palabras. Están dispuestos a todo. Nadie sabe lo que puede ocurrir.

Francisco.– ¡El Señor no lo quiera!

Leproso.– Es que no ven otro camino. Pero sería ira santa, ¿no lo crees? Son hijos de Dios y merecen ser tratados como tales.

Campesino 1.– *(Con fervor)* Si encontráramos un guía... alguien que nos dijera qué hacer...

Campesino 2.– Alguien respetado por todos... un hombre cuya voz fuera de fuego!...

Campesino 3.– Y que hable en nombre de Dios, no sólo de los hombres.

Campesino 1.– ¡Nadie está más cerca de nuestras miserias que tú!

Campesino 2.– ¡Sólo tú dices que la riqueza es la causa de todos nuestros males!

Campesino 1.– Mientras haya riqueza, los más de los hombres vivirán aplastados.

Campesino 2.– Bastará un gesto de tu mano. ¡Todos nos pondremos en marcha!

Campesino 3.– ¡Seremos cientos, miles! ¿Quién podrá detenernos?

Leproso.– Dios te ha elegido, ¿no lo comprendes? Sólo tú podrás salvar al mundo de sus miserias y hacer de la tierra un lugar justo!

Campesino 1.– *(Con fervor)* Francisco, hermano nuestro, ¿qué tienes que decirnos?

*(Se ha creado un silencio expectante. Francisco parece desconcertado)*

Francisco.– *(Como para sí)* La ardiente tentación terrena...: luchar por los más castigados.

Leproso.– ¡No nos abandones, hermano Francisco! No desampares a la pobreza injusta.

Francisco.– *(Conmovido)* Cómo podría abandonarlos... Es Jesús el que habla por boca de los dolidos. Dios contempla aterrado lo que ocurre aquí, y señala con su dedo terrible a los inicuos, y les pedirá cuentas.

Leproso.– ¡Y tú serás su brazo ejecutor! Esas palabras queríamos oírte.

*(Silencio esperanzado. Francisco parece reconcentrarse en sus pensamientos. Luego habla)*

Francisco.– Jesús no quiso tanta atrocidad y Dios no lo quiere. Los hombres se parecen cada vez más a lobos, y eso me abrumba y me cubre de vergüenza. *(Les habla con enorme afecto)* ¿Pero saben, hermanos?: yo no tengo armas contra los lobos humanos. Yo no sé ver claro en la maraña de este mundo, que no es el mío. No sé manejar las fuerzas que mueven a los hombres.

Leproso.– ¿Para ti no cuentan, entonces, los padecimientos de ahora?

Campesino 1.– ¿Cómo levanto a mi mujer de su postración?

Campesino 2.– ¿Debo permitir que a mi hijo se lo lleve la fiebre?

Campesino 3.– Somos seis en familia. Nos quedan alimentos para tres días...

Francisco.– No soy hombre de encender fuego entre los hijos del Señor. Sólo llevo los ojos puestos en el después. Quiero conducir a los hombres hasta la dicha perdurable, que el Señor nos reserva. No entiendo de otra cosa.

Leproso.– ¡No nos dejes solos, hermano Francisco!

Francisco.– ¿Solos? Siempre me tendrán junto a ustedes. Seré un guía empeinado. Sólo ustedes los que sufren conocerán la acogida divina. Los injustos y los indiferentes recibirán castigo por toda la eternidad.

*(Cae un silencio decepcionado. Francisco va hacia ellos en actitud dolorida y cálida)*

Francisco.– Les pido que comprendan esta dolorosa respuesta, que tanto puede parecerse a una deserción. *(Pausa penosa)* Ahora les ruego que vuelvan a sus casas. No duden ni un minuto que Dios los acompaña.

Leproso.– Vamos, hermanos. Puede que Francisco tenga razón. ¿Qué sabemos? Dios es impenetrable. *(Sonríe apenas)* ¿Sabes, Francisco? Yo había soñado con ser tu lugarteniente en la gran rebelión que desencadenaríamos tú y yo y así justificar esta vida que llevo...

Francisco.– *(Reteniéndolo)* Hermano... no te sorprendas de lo que voy a pedirte: ¿puedo darte un abrazo?

Leproso.– ¿Por qué me lo pides? ¿No piensas verme más?

Francisco.– Qué sabemos... Nadie conoce lo que el Señor ha dispuesto para mí.

*(Va hacia el Leproso y se dan un abrazo conmovido)*

Leproso.– *(Apartándolo)* Cuidado. No vaya a dañarte. *(Para sí, con emoción genuina)* Ya había olvidado la sensación de abrazar.

*(Sale el Leproso con los campesinos. Francisco se mira las manos. Luego se restrega con ellas la cara y los brazos. Queda sombrío unos momentos. Se sienta trabajosamente)*

Francisco.– Señor, hazme entender tus designios y tus caminos. Soy demasiado estúpido para tu inmensidad.

*(Dirigiéndose al público)*

Otra vez la falsedad, la hipocresía... ¿Cómo me permito aplicar dos valores contrarios ante dos situaciones que se parecen tanto...? ¿Por qué no les predico a los leprosos que toleren su lepra, como a los pobres su pobreza? A estos pobres que vienen a mí para pedirme que les dé mi apoyo ahora, ya, porque no soportan más su situación, los rechazo, les digo que después, en la otra vida, cuando estén en el cielo, se verán compensados hartamente por el Señor. Pero a mi amigo el Leproso, y a los leprosos que vienen con él, no les digo lo mismo: procuro aliviarlos de su desdicha ahora, ya; y lo hago hasta corriendo riesgo cierto de dañarme.

¿Acaso pienso que son más terribles los horrores de la carne que los de la miseria? No, no lo pienso así. Me parecen tan destructivos, tan injustos, unos como otros. ¿Entonces?... ¿Por qué parezco más sensible a una desgracia que a otra?

¿O será que tengo miedo de las consecuencias, si me pongo ahora, aquí en la tierra, del lado de los que padecen explotación? ¿Qué haría conmigo la Iglesia? ¿Qué harían los que ejercen el poder terrenal? ¿Cómo puedo predicar la resignación?

¿Es sano frenar a los que tienen hambre y sed de justicia? Si ellos son yo mismo, ¿cómo puedo abandonarlos y seguir viviendo y predicando a los cuatro vientos? ¿Entonces mi prédica es tan solo palabras vacías?

*(Entra la Madre, alarmada)*

Madre.— Francisco, ¿te sientes mal?

Francisco.— No te inquietes por mí.

Madre.— Me asusta tu semblante. ¿Te siguen los dolores?

Francisco.— El hermano dolor... Hay distintas vestiduras del dolor...

Madre.— Iré a buscar un médico.

Francisco.— Los médicos... Es Dios quien dispondrá. *(Tratando de mirarle la cara)* Lo que más me aflige es estar perdiendo tu rostro: cada vez mis ojos te ven más difusamente.

Madre.— Descansa ahora. Volveré en un momento. *(Sale presurosa)*

*(La escena se ensombrece. Francisco escucha que alguien se acerca por detrás de él. Ha entrado Elías. Su porte es mucho más imponente y seguro que en la anterior aparición)*

Elias.— Aquí me tienes. Te esperé largamente en mi despacho de Superior de la Orden, que ahora soy. No importa. He consentido en venir yo, dado que no estás en condiciones de trasladarte.

Francisco.— Mi deber era ir hacia ti, pero ya ves cuál es mi estado.

Elias.— Habla. Te escucho.

Francisco.— Quiero pedirte un favor... en nombre del amor que tenemos en común por la Orden.

Elias.— Has hecho bien en invocarlo.

Francisco.— Se trata de nuestros viejos compañeros, los hermanos Jeremías y Antonino...

Elias.— *(Retrayéndose)* Ah, era eso...

Francisco.— Me han dicho que ordenaste investigarlos por no sé qué aspectos de su gestión. Pero yo me atrevería a afirmar que debe haber un error: los conozco más que a mí mismo.

Elias.— No es lo que surge de las indagaciones. Han tenido una conducta reprobable. Y yo no permitiré más transgresiones.

Francisco.— Fueron de los primeros en acompañarme y los llevo especialmente cerca.

Elias.— Serán juzgados con toda equidad.

Francisco.— Apelo a tu ecuanimidad, hermano Elías. Tú, que fuiste mi Madre en la Orden.

Elias.— ¿Qué puedo hacer yo? Hay sumariantes designados, que deben juzgar con entera libertad.

Francisco.— De un tiempo a esta parte se vive en nuestra Orden un clima de grave inquietud.

Elias.— ¿Quieres decir... desde que fui nombrado Superior de la Orden?

Francisco.— Los hermanos tienen miedo. Hay delaciones, sospechas. Muchos se esconden, o prefieren huir.

Elias.— Esconderse o huir es toda una confesión, ¿no crees?... Nuestra Orden requería ser saneada. La indisciplina era escandalosa. Estoy empeñado en corregirlo y ninguna consideración me apartará de mi propósito.

Francisco.— Elías: yo acepté de buen grado tu designación como Superior. Ahora todo está en tus manos. Te ruego que recuerdes nuestro origen: las palabras que nos inspiraron fueron «amor» y «fraternidad».

Elias.— Justamente: por esas mismas palabras no permitiré que nadie socave a nuestra Orden. Me costó mucho llegar adonde estoy. Pero lo acepté todo por amor a Jesús, a la Iglesia, y a nuestra hermandad. Cuando se sirve a Dios, no cabe la blandura. Tú mismo me lo enseñaste.

*(Entra la Madre. Queda algo cortada al ver a Elías)*

Madre.— *(A Francisco)* Dos médicos están en camino para asistirte.

Elias.— Yo había dispuesto lo mismo. Necesitamos que te restablezcas pronto. La Orden ha decidido encomendarte una misión de la mayor importancia.

Madre.— ¿Una misión? ¿En este estado?

Elias.— Debes ir a predicar a distintos poblados que reclaman tu palabra.

Madre.— ¡La salud de Francisco no se lo permite!

Elias.— Ya está dispuesto así. Pero lo acompañará a todas partes una comitiva de médicos eminentes.

Madre.— ¡Apenas si puede tenerse en pie!

Elias.— El Señor le devolverá las fuerzas. No hay sacrificio pequeño para ofrendarlo a nuestra Santa Iglesia. *(Pausa)* ¿Sabes, padre Francisco?: es admirable cómo crece la veneración hacia ti. Te aguardan multitudes ávidas de escucharte. No podemos dejarlas sin tu asistencia.

Madre.— ¡Es inhumano exigirle semejante esfuerzo!

Francisco.— No te aflijas, Madre. El Señor me dará las fuerzas que voy a necesitar. *(A Elias)* Pronto estaré restablecido.

Elias.— Es lo que espero de ti. *(Los mira con porte autoritario)* Ahora debo retirarme a mi trabajo. Te llegarán instrucciones. *(Saluda secamente y sale)*

Madre.– *(Luego de una pausa tensa)* ¡Nunca debiste consentir que este hombre llegara a Superior de tu Orden!

Francisco.– ¿Cómo podía evitarlo?

Madre.– Una palabra tuya bastaba.

Francisco.– Fue un dictado de Roma. Yo no tenía opción.

*(Pausa dolida)*

Francisco.– Estoy cansado, Madre. Quisiera reposar un momento. *(Se reclina ayudado por su Madre)* Siento necesidad de rezar contigo, si me acompañas.

*(Comienzan a rezar juntos, con unción. Fin de la Secuencia 4).*

– SECUENCIA 5 –

*Al reiniciarse la acción, Francisco está tendido sobre un camastro. Su Madre la está pasando un paño mojado por la frente. Aparece el hermano Arnaldo, que se detiene sin decir palabra. Está vestido de particular)*

Madre.– ¡Hermano Arnaldo! Casi no te reconocí.

Francisco.– *(Tratando de ver)* ¿Por qué no lo reconociste?

Madre.– No tiene puesto el hábito.

Francisco.– ¿Y eso por qué, hermano?

Arnaldo.– Pasa que... que ya no soy el hermano Arnaldo. Soy Arnaldo, el porquerizo, el borracho....

Francisco.– ¿Qué estás diciendo? ¿Qué ocurre?

Arnaldo.– Que soy un hombre débil... Voy a traicionarte, Francisco.

Francisco.– Tú no eres capaz de eso.

Arnaldo.– Ah, lo soy, lo soy. Me retiro de la Orden. Ya no soy uno de los tuyos. Yo mismo ya no me entiendo. Voy a hablarle a Dios y no me sale nada: ¡me he quedado sin voz!

Francisco.– ¡Ay, hermano! No supe llevarte la luz. ¿Qué puedo hacer por ti?

Arnaldo.– Perdonarme. Es lo único que te pido. *(Bajando la voz)* Además, me ha entrado miedo. ¿Sabes que van a meter presos a los hermanos Jeremías y Antonino, por los que tú pediste?

Francisco.– ¿Qué estás diciendo?

Arnaldo.– Acaban de resolverlo. Y todos dicen que el próximo soy yo. ¡Yo, en la cárcel! ¡Ni por borracho estuve nunca preso! Pero el hermano Elías va persiguiendo a todos los que estuvieron junto a ti desde la primera hora.

Francisco.– ¡Hablaré con Elías!

Arnaldo.– De nada servirá, ya lo has visto.

*(Silencio apesadumbrado)*

Francisco.– ¿Y qué vas a hacer ahora? ¿De qué vas a vivir?

Arnaldo.– Me vuelvo a mi aldea. A lo mejor... pido limosna, como hacíamos contigo. Aunque te rías de mí, me gustaría seguir predicando. Bueno, el que predicabas eras tú y yo hacía que sí con la cabeza. Pero algo aprendí, sin embargo. *(Se prueba)* «Hermanos míos...» «Escuchen la palabra del Señor»... «Recuerden que la Santa Pobreza», y por ahí sigo.

Francisco.– *(Emocionado)* Lo vas a hacer muy bien.

Arnaldo.– *(Con la mayor formalidad)* Pero eso sí: si predico, predico solo. Nada de asociarme ni transigir con esos que a ti no te gustan, ¿cómo es que les decías?

Francisco.– Herejes.

Arnaldo.– ¡Eso!: nada de herejes, aunque nunca supe bien qué son. Andaré solo por los caminos hablando de Jesús. Pareceré un loco, como parecías tú: ¡hasta a los árboles les predicaré, como hacías tú, y a los cerdos, y a las alondras, esas atolondradas!... Vas a ver cómo se quedan escuchándome. *(Casi sin transición)* Adiós hermano.

*(Sale próximo al llanto. Francisco y la Madre quedan desolados)*

Francisco.– *(Casi sin voz)* Me han arrancado un pedazo... *(Largo silencio)* ¿Por qué siento como si algo se estuviera rompiendo en mí...? Tengo a Jesús, te tengo a ti, tengo a la creación, que me rodea y me acaricia... He fracasado, Madre. De nada ha servido quien fui.

Madre.– No te atormentes, hijo. Volvamos a refugiarnos en la oración.  
*(Entra Clara. Viste hábito)*

Francisco.– Ah, bienvenida, hermana Clara. Hoy más que nunca bienvenida.

Clara.– Supe de tus males. Mis hermanas te mandan sus mejores saludos. *(Sonríe)* Y te prepararon esos dulces que a ti te gustan tanto...

Francisco.– Cómo agradecerles tanta bondad...

Clara.– Rezamos por ti día y noche. Has de saber que en todos los poblados se organizan procesiones para salir a tu encuentro. Será como tu glorificación terrena...

Francisco.– ¡Valiente gloria!: la de un pobre hombre falto de luces, llevado de la mano por un sopló que él mismo desconoce...

Clara.– Todos dicen que, después de Jesús, serás la figura más venerada de la Cristiandad... ¡y yo lo creo!

Francisco.– (*Con cansancio*) Si supieras cuántas veces he deseado el silencio a mi alrededor; sentarme a escuchar la palabra del Señor sin ningún sonido de fuera. (*Recapacita*) Pero éste es un sueño egoísta: quiero a Dios para mí solo, olvidando que Dios es maravilla compartida... Pero a veces añoro, sí, un jirón de sosiego junto a El. (*Le toma las manos, emocionado*) ¿Es pecado, Clara, desear la quietud en el seno de Dios Padre...?

Clara.– (*Con afecto*) Has llenado de dulzura la vida de los hombres. El cosmos entero se ha iluminado a tu paso.

Francisco.– ¿Qué dices, Clara? Yo no he sido más que un mal vocero. (*Ensombreciéndose*) Pero no sé si dije lo que debía, ni si se los dije a quienes más lo necesitaban...

(*Comienza a escucharse una música, no muy cercana. Es un coro. Francisco, sorprendido, escucha con atención*)

Clara.– Es el «Cántico de las criaturas» que tú escribiste. Le han puesto música y lo entonarán antes de cada predicación tuya.

(*Francisco escucha agrado la música. Luego, con visible emoción, comienza a decir algunos pasajes del «Cántico»*).

Francisco

Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas.

Más que ninguna, el señor hermano Sol...

imagen resplandeciente de Ti, Altísimo.

Loado seas, mi Señor,

por la hermana Luna y las hermanas Estrellas

que adornan la noche con sus formas preciosas.

(*En tono más grave*)

Loado seas

por nuestra hermana la Muerte corporal.

(*Encendiéndose*)

Load y bendecid a mi Señor

y dadle gracias y servidle con toda humildad.

(*Junto con el poema, ha cesado la música. Pausa complacida*)

Clara.– Ahora debo marcharme, querido Francisco. Reúne fuerzas para el momento que ya está próximo. Que nadie te arrebatte el júbilo de Dios. (*Pausa conmovida*) Te ruego que me permitas besarte en la frente.

(*Se miran emocionados. Clara lo besa*)

Francisco.– Adiós, hermana Clara. Le deseo a tu Orden larga vida y ventura.

Clara.– (*Muy conmovida*) Fuiste la inspiración de todas mis horas. Tú derramaste por el mundo la

alegría de Dios.

*(Parte Clara, ocultando su gran congoja. Larga pausa. Francisco le habla al público)*

Francisco.— La alegría de Dios... Desconfíen de un Dios que no les llene el alma de alegría. Esa es la señal de que se trata de un Dios falso, un mentiroso Dios.

*(La Madre se adelanta hacia Francisco)*

Madre.— Ahora sí ha llegado el día señalado. De un momento a otro vendrán a buscarte. ¿Cómo te sientes?

Francisco.— Temo que me falten las fuerzas.

Madre.—El Señor te sostendrá.

*(Entra inesperadamente el Padre. Sorpresa de Francisco. Momento de tensión. La expresión del Padre es ambigua. Con una semi-sonrisa, se pone a caminar alrededor de Francisco, sin decir palabra.)*

Padre.— No me esperabas, ciertamente... Tantos años alejados... Vengo a darte mis parabienes. Ya ves, me equivoqué. No habías nacido para ser un mero comerciante en paños, como yo. Nunca tuve muchas luces. Sólo supe de ganancias y pérdidas: no es el territorio del Señor... ¿Qué puedo decirte?: empiezo a entender que te rebelaras contra mí. Me dolió, no lo niego. Hasta hoy es una herida que sangra.

Francisco.— Yo busqué muchas veces acercarme a ti. Te pedí que me perdonaras. Pero no quisiste recibirme.

Padre.— Cierto. Me es difícil perdonar las ofensas. Soy mal cristiano. Pero siempre seguí de cerca tus pasos. Ah, no te imaginas, Juan Bautista, lo que son las calles en este momento. El pueblo se apretuja a la espera de tu paso. ¡Y si vieras lo que es la Plaza! La multitud agolpada frente a la fastuosa basílica de tu Orden, que dentro de un momento vas a inaugurar. Traté de calcular, con mis ojos de comerciante, lo que debe haber costado construirla. ¡Una fortuna! Pero eso ¿qué importa? Lo que cuenta es que allí podrás albergar por siglos a la Santa Pobreza...

Francisco.— Si has venido a herirme...

Padre.— Para nada. ¿Sabes lo que corre de boca en boca? ¡Tal vez seas el último en enterarte!... Todo se está disponiendo para hacer de ti un santo!

Francisco.— Basta de delirios, Padre. Me desagrada.

Madre.— Déjalo en paz. No es el momento de perturbarlo.

Padre.— Sabias palabras, mi adicta esposa. Pero no, no vine a perturbarlo. Vine a hacerle una pregunta, que hace tiempo me ronda y no me deja en paz.

Fíjate bien, Juan, llamado Francisco: ¿quién te glorifica? Es extraño. Te glorifica la Orden que fundaste, ¿pero sigue siendo tu Orden? Te glorifica la Iglesia a la que sirves, pero que te mira de

rejo y no hace ningún caso de tu prédica. Te glorifican los ricos, y tú no dejaste un momento de atacar la riqueza. Te glorifican los pobres, y tú no has dado un solo paso para que dejen de cruji. ¡Serás ensalzado y consagrado por quienes te desoyen, te recelan, te rechazan, te desfiguran, te desacatan!...

Entonces me pregunto, te pregunto: ¿valió la pena haber desertado de tu destino de hombre simple...? Tú tenías razón: el corazón se me hizo de piedra... ¿Y ahora? ¿Qué haré ahora con toda esta piedra que he terminado siendo?... Esa es tu obra mayor: tallar en piedra a quien te dio la vida... *(Se retira con gesto dolorido)*

Madre.– *(Yendo hacia Francisco)* No escuches sus palabras. Que no te hagan daño sus lamentos.

Francisco.– Pobre padre mío, tan querido... Hubiera deseado abrazarlo.

Madre.– Su dolor lo hace ser injusto.

Francisco – ¿Injusto?...Tal vez fui ciego, Madre; tal vez terminé desmesurándome. Sólo pude escuchar la voz de Dios. No tuve lugar para ninguna otra servidumbre.

Madre.– Hiciste lo debido, hijo. No tienes nada que reprocharte.

*(Pausa grave)*

Francisco.– Madre querida, ahora debes partir. En una hora así, es preciso que me quede solo.

*(Se abrazan con emoción. Sale la Madre. Francisco parece asumir calmamente la soledad)*

Francisco.– *(Hablando hacia lo alto)* ¡Qué irrisión!: dicen que dentro de un momento seré glorificado. Hasta cuentan que han montado un tinglado solemne para mí. Y yo haré, Señor, los gestos que se me piden. ¡Talmente un saltimbanqui exhibiendo su número de feria!... Muy pronto, Señor, me llevarás contigo. Hágase tu voluntad, que es la mía. Yo te escuchaba hablarme día y noche a través de las cosas y los seres. ¡Mi bello hermano cosmos es tu voz tan amada, Señor! El cosmos no es máquina, como los tontos creen; es palabra sobrenatural. Todo lo demás es mudo.

Las gentes me venerarán, lo sé, hoy y en los tiempos venideros; pero yo sé que no he sido capaz de cambiarles el alma a los hombres peores, que no han querido oírme. Y en cuanto a los más simples, ¿dónde estuve?...

*(Al público)*

Tal vez los he mirado a ustedes a través de un vidrio borroso. Pero quizás un día Dios hará que ese vidrio se vuelva transparente, y entonces sí seré escuchado, y nos abrazaremos por fin, y seremos uno en el Señor.

*(Ha aparecido desde el fondo el hermano Elías. Está en vestimenta de gran ceremonia. Se detiene, y no se mueve ni habla. Francisco no se vuelve hacia él)*

Francisco.– Una vez más, eres Elías.

Elías.– He venido a buscarte. Es el momento. Todos esperan por ti.

Francisco.– No me he puesto vestimenta apropiada.

Elias.– Mejor así. Tus harapos, para la gente que te ama, significan la santidad que ellos no tienen.

Francisco.– Es posible que no quiera hablarle a la multitud, ni decir nada.

Elias.– Hablarás. Dirás. Dios te vigila.

Francisco.–*(Con súbita exaltación)* ¡Tal vez me ponga a cantar entre los hombres, y baile de alegría, y lllore si es preciso, y muera cuantas veces sea necesario, y renazca y vuelva a empezar! Tú no puedes entenderme, poderoso Elías. ¿Qué sabes tú de la locura de Dios?

Elias.– No te hagas ilusiones. Dios no es loco. Lo que nos exige es orden y sensatez.

Francisco.–Voy a anunciarte algo que te incumbe, hermano Elías. Anoche, en sueños, el Señor me reveló qué va a ocurrirte: un día, que no está lejano, cuando yo ya no esté en el mundo, serás expulsado de la Iglesia Católica y excomulgado por tus actos. Dos veces, no una, te excomulgarán. Y tú correrás a refugiarte en la corte de un poderoso emperador y te pondrás a su servicio.

Elias.– Si esa profecía se cumple, ruega por mi alma. Yo, en cambio, he soñado que harán de ti un santo.

Francisco.– Ruega también por la mía. *(Pausa)* Debes entenderlo alguna vez, Elías: no es el poder el camino hacia Dios.

Elias.– Eso no lo sabe sino El. *(Silencio)* Es la hora, padre Francisco. *(Subrayando el «padre»)* No tienes buen semblante. Apóyate en mí.

Francisco.– No en ti. Me apoyaré en la firmeza del Señor. *(Mirándolo a los ojos)* ¡Ya puedes glorificarme cuanto quieras, jerarca Elías! Me he vuelto invulnerable.

Elias.– *(Ordenando hacia fuera)* ¡Que comience la magna ceremonia!

*(La escena estalla en una iluminación vivísima. Va entrando la música coral del «Cántico de las criaturas»)*

Francisco.– *(Encarando con firmeza a Elías)* Sábelo tú y los que son como tú: ustedes ya no pueden verme. Yo ya no estoy aquí. Dios me ha ordenado: «Ve con los tuyos. Aquí y en todas partes; hoy y en todos los siglos». Y me abrió las ventanas del aire. Ahora me verás levantar vuelo.

*(Se aparta con desprecio de Elías y avanza resuelto hacia el proscenio. Les habla a los espectadores)*

Les ruego que ahora vuelvan a sus casas. Todo ha terminado. En cuanto a mí, emprendo, sí, un vuelo, que me llevará muy lejos de aquí. ¿Dónde estaré? ¡Quién lo sabe! Tal vez en ninguna parte. Puede que me disuelva en el aire. O que Dios me ponga a aletear por encima de los siglos. ¿Quién puede decirlo? Hágase su voluntad. No he tratado de hacer otra cosa en mi vida. Todo lo demás es... humo.

*(Mira a la concurrencia con expresión conmovida y fraterna. Sube con fuerza el «Cántico de las criaturas»)*.

## HECHOS Y DATOS VERIDICOS QUE FIGURAN EN EL TEXTO TEATRAL

- \* San Francisco llevó en su juventud una vida disipada y tumultuosa. Fue también guerrero y participó en hechos de armas.
- \* Amaba la lengua francesa y en ese idioma cantaba y decía poemas. Por eso fue rebautizado por su madre «Francis-co».
- \* Su conversión religiosa se produjo a los 14 años.
- \* Tuvo una amistad juvenil con Clara, la futura Santa Clara.
- \* Le robó a su padre mercadería para entregársela a los pobres, y ello determinó que el padre lo encerrara como castigo.
- \* Fundó su Orden en el año 1210.
- \* La hermandad franciscana practicaba la pobreza más rigurosa, siguiendo estrictamente la prédica de Jesús.
- \* Sus seguidores veneraban a la que llamaban Nuestra Señora la Pobreza.
- \* Vivían de la mendicidad. Salían a predicar de a dos por pueblos y caminos. Los llamaban «juglares de Dios».
- \* En la Orden estaba prohibida la lectura y el estudio, con excepción de los Evangelios.
- \* San Francisco designó al hermano Elías como su «Madre» en la Orden, nombre que le daban a la persona que tomaba a su cargo la orientación espiritual de cada religioso.
- \* El hermano Elías fue desde el principio una de las figuras principales de la Orden. Excepcionalmente versado e inteligente.
- \* El hermano Elías extravió el manuscrito con la Regla que Francisco había elaborado, y que éste tuvo que volver a redactar.
- \* San Francisco se presentó en más de una ocasión en la Santa Sede, donde tuvo una relación conflictiva con las jerarquías.
- \* El texto de la Regla presentada por San Francisco ante la Santa Sede le fue modificado por la autoridad eclesiástica, que redujo drásticamente sus citas bíblicas y evangélicas, suprimió el término «Siervo» para designar a los Ministros de la Orden y eliminó numerosas referencias a la Santa Pobreza.
- \* Sin conocimiento de San Francisco, y por iniciativa de Elías, la Orden fundó una casa dedicada exclusivamente al estudio, pero Francisco la mandó clausurar.
- \* En ese tiempo, la Iglesia era sumamente rica y hasta poderosa militarmente, lo que le permitió más de una vez enfrentar a los ejércitos de Emperadores germánicos.
- \* El hermano Elías fue designado superior de la Orden.
- \* Elías aspiraba a engrandecer la Orden, ocupando posiciones en las más altas jerarquías de la Iglesia, lo que contrariaba abiertamente la concepción que San Francisco tenía en ese aspecto.
- \* El hermano Elías hizo construir grandes basílicas, y no hizo tan rigurosas la pobreza y las privaciones, en abierta contradicción con las ideas de San Francisco.
- \* Elías, cuando fue Superior de la Orden, procedió con extraordinario autoritarismo y mandó perseguir y hasta encarcelar a numerosos franciscanos que no respondían a sus orientaciones.

- \* Después de muerto San Francisco, Elías será expulsado de la Iglesia y excomulgado por dos veces. Se refugió en la corte de un Emperador germánico, de quien fue consejero.